

# LA LUZ DEL PORVENIR

## Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,  
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

## Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO:—Reflexionando.....—Lola —La hipocresía.—Pensamientos.

## REFLEXIONANDO...!

Y sin embargo, el sol para todos sale de igual manera; las brisas murmuran para todos la misma canturia; los días se suceden con invariable regularidad; nuestro planeta ofrece los mismos dones al venturoso que al desdichado..... ¿Dónde está pues la razón del desequilibrio? ¿Por qué causa el llanto y la pena? ¿Por qué motivo, al lado del bullicio, de la alegría, de la muchedumbre, se advierte la tristeza, el silencio, la soledad?.....

¿Va en nosotros mismos ese desconcierto, tan ajeno á la belleza, ó estamos dentro de él por designios supremos?... ¿Será la muerte en la naturaleza lo que es en nosotros el dolor?... ¡Imposible! La muerte no existe; solo es transformación; el átomo en su eterno movimiento cambia de lugar, pero jamás se aniquila en la nada; el latido que á través de las sienas marca nuestra sangre, lleva el mismo glóbulo rojo que más tarde circulará por el tronco del árbol, llevado por su abundante savia; la vida viaja eternamente y sin cansancio á través de nuestro universo: por lo tanto, la muerte no es el dolor... el dolor es ajeno á las leyes de la vida; el dolor es nuestro; de nuestra especie solamente... ¿Pero se trata del dolor físico, ó del dolor moral? ¿Se trata de esa perturbación del organismo que arranca el ¡¡ay!! desgarrador de nuestros nervios conmovidos, ó de esa congoja del alma que no se traduce jamás ni en grito ni en palabra, pero que corroe, como lava ardiente, nuestra inteligencia, amengua nuestra voluntad, ofusca la razón y transforma el espíritu de la vida en asqueroso nido de ruines y miserables pensamientos?... ¿Cuál dolor de los dos en el ajeno á la ley de la armonía, el que se presenta como un horroroso sarcasmo de nuestra existencia?... ¡Ah! ¡puede ser que sean los dos!

Dios... hé aquí la primera palabra que el ignorante pronuncia cuando la monstruosidad se le presenta; todo lo que es dolor aparece fenómeno en la ley de la eterna belleza, y el necio exclama al verle: *solo Dios lo sabe*: es decir, arroja como fardo enojoso de culpa que le pesa, hácia el que Todo es perfección y Todo es bondad... ¡Pobre ignorante!

Cuando vemos delante de nosotros uno de esos seres raquíticos, contrahechos, llenos de todas las tristezas posibles, físicamente hablando, después de un movimiento de repulsión, la primera idea que brota de nuestro cerebro es culpar á la Divinidad de tal desventura: ¿Por qué lo permite Dios? ¿Por qué (se pudiera decir á quien así pregunta), por qué ese afán de mezclar á Dios en todo cuanto nos reдея? ¿Le es imposible al hombre vivir, pensar, moverse, sin hacer factor de su existencia á



esa incógnita soberanía que dió, ó de la cual dimanar, leyes eternas, inmutables, por las cuales debiera regirse el hombre, pues para cumplirlas tiene libre la voluntad y la conciencia, sin profanar jamás al Gran Legislador con sus pretenciosas interrogaciones ó sus blasfemas sentencias? ¡Oh! ¡Qué pobre idea de Dios tienen los que siempre le mezclan á los actos del existir!

Yace en un pobre lecho un niño ciego, destinado irremisiblemente á comer el duro pan de la limosna: pues Dios tiene la culpa, que lo consiente. Muere entre agudísimos dolores el mancebo destinado por sus condiciones excepcionales á realizar grandes hechos: pues solamente Dios es el responsable de tal desventura. Agoniza entre angustias de dolor y de amargura la hermosa joven á quien la vida y el amor esperaban en los altares del desposorio: pues á Dios se le debe culpar de tan triste desgracia. Por todas partes por donde se encuentre el dolor, se ve como asociado inseparable á esa Divinidad tan acomodaticia á las desventuras de los mortales; cuando más favor se le hace es cuando, merced á su recuerdo, se torna en triste resignación el desesperado furor. ¡Siempre fuera de sus leyes! ¡Siempre rebeldes á nuestro destino terrenal!... En medio de esa resignación, acarreada al suponerle causante de nuestro dolor, hay una protesta rencorosa hacia Él: *Sea lo que Dios quiera*, se dice cuando el hecho está ya consumado; *Será por nuestro bien*, exclamamos, mientras una amargura infinita inunda nuestro corazón... Y siempre, ¡siempre Dios empequeñecido á nuestro lado! ¡hecho á nuestra imagen por nosotros mismos! ¡gozándose con nuestros dolores, recreándose con nuestras tristezas, regulando con una minuciosidad degradante los actos más leves de nuestra vida!.. ¡Pobre Dios nuestro, que no de la creación, pobre Dios imaginado por nosotros mismos; por nosotros mismos colocado como los antiguos penates en el umbral de nuestra morada! á ser tangible, ¡cómo se reiría de la mísera humanidad! ¡Con qué desprecio miraría á ese microscópico ser llamado hombre, cuyo egoísmo reconcentrado le hace creer que su personalidad es el prototipo de Dios, y que todo lo que de sí mismo deriva ó á él converge es lo sumo de la omnipotencia!...

No: Dios, el único poseedor del bien absoluto, de la absoluta belleza, no puede ser fuente de nuestros dolores; en cuanto á consentirlos, en cuanto á dejar, á permitir que se realicen; ¿cómo suponerlo en la inmensidad de su grandeza entretenido en tan nimias ocupaciones? Códigos ha dado á los orbes; leyes al universo: por ellas deben regirse los hombres; en no acatarlas, en no cumplirlas están nuestros dolores, no en la sabiduría impenetrable de Dios: no profanemos el nombre excelso del Autor de los mundos infinitos, de la múltiple creación, de la fulgente luz de los cielos; no le hagamos responsable de nuestras miserias, de nuestras pequeñeces; separemos de su nombre el dolor, y aún en medio de los más penetrantes jamás elevemos el pensamiento á su omnipotencia sino para bendecirla, como el centro de todas las venturas inmortales, como el santuario de todos los tesoros divinos!...

Hé aquí la necesidad de conocer el dolor; hé aquí por qué es menester desentrañar del código de la naturaleza las causas de esas perturbaciones anormales que rodean la existencia del hombre... Es menester reconquistar la verdad de los antros donde la ha sumido el error; no puede haber idolatría entre los que se llaman creyentes, y mientras los creyentes profanen el excelso nombre de Dios serán empedernidos idólatras... ¿Cuál es, pues, la causa del dolor, la causa de todos los dolores de todas las deformidades, de toda la fealdad manifiesta en los quejidos del organismo enfermo y en las tribulaciones del alma acongojada? ¿De que fuente brota esa ponzoñosa linfa que envenena nuestra sangre y empobrece nuestro espíritu? ¿Por qué, en vez de ser el dolor el regulador de las fuerzas vivas es el verdadero azote de la humanidad? Suprimir el dolor en absoluto, ya sabemos que es imposi-

ble; sería como intentar poseer la verdad absoluta ó el absoluto bien: ~~ambos deseos precipitaron á Satanás de los cielos y al primer hombre del Paraíso;~~ pero si bien no se puede lograr ese estado de pureza, que es patrimonio exclusivo de la Divinidad, en cambio, ¡qué diferencia entre sentir el dolor como agente de la dicha, es decir, como preciso contraste para la manifestación de la belleza, á sentirle como pesadumbre insoportable, como poderoso tirano de nuestra existencia, que de tal manera pesa al presente sobre la humanidad! ¿Cuál es la causa del dolor? No la busquemos fuera de nosotros mismos; en el torbellino de nuestras pasiones, cuyos frenos se rompieron al peso de la superstición, y bajo el poder de las tiranías; entre el rodar incansable de nuestros mal empleados y turbulentos días; en medio de las humanas sociedades, nombre bajo el cual se acumulan los odios, las vanidades y las lujurias, en los tiempos medidos por el hombre en eras y en siglos; entre las indómitas fierezas y torpes sensualismos del mancebo; al lado de las funestas ignorancias de la mujer; en medio de las egoistas desconfianzas del anciano; entre la precoz desenvoltura y pedante insolencia de la niñez; ¡solamente entre nosotros se debe buscar la causa del dolor!... Arrancando á la humanidad de ese círculo de ateísmo, superstición y sensualidad, en el cual gira con vertiginosa rapidez, se arrancaría de nuestras entrañas el hierro candente que lleva escrita en caracteres de fuego la palabra *dolor*, ante cuyas heridas tiembla el más osado y retrocede el más valiente.

La enfermedad, el ¡ay! quejumbroso del que sufre los espasmos de una perturbación física.... ¡Desentrañad, y veréis en el complicado organismo el átomo legado por una ascendencia viciosa!... Anemia, tuberculosis... ¡herencia! ¡herencia ó adquisición recogida en un mundo anormal, mundo de granito y de polvo, de luces que brillan como caricaturas del sol; mundo de emociones tan profundas como bastardas, en el cual todo es movimiento, agitación, olvido de sí mismo, extravío de los destinos humanos! ¡Mundo en el que sirve de aguijón la vanidad, de premio la adulación, de descanso el oro, y en el cual hasta el aire y la luz hacen circular por la sangre el polvo de la muerte! (1) .. El ¡ay! del dolor es la consecuencia del ¡ay! del placer prostituído!... El salvaje en su gruta, el hombre civilizado en su palacio, gimen bajo el peso de su mismo extravío; el mal engendra el mal; el árbol corroído da unos frutos llenos de podredumbre; ¡y la semilla fué lozana y fresca! pero la carcoma lo invadió todo; el terreno está esquilado, empobrecido, hollado torpemente por cien generaciones viciadas!... ¡El remedio! ¡ah! ¡cuánto tiempo pasará ántes de la regeneración humana!... ¿Cómo ha de remediarse lo que se acepta cual de superior voluntad? Hé aquí otra vez á Dios representando la rémora del engrandecimiento humano... Sentido el dolor, acatado el dolor como designio providencial; no hay para qué buscarle el remedio; conformidad, resignación, mutismo, es decir, quietud, silencio, reposo... ¡y la vida es movimiento, transición y armonía!!!... Nos rebelamos á Dios, puesto que cumplimos malamente sus leyes, y no nos rebelamos ante el dolor que nos invade, que nos domina, que nos destruye lentamente!... ¡Rebeldía en contra del dolor! ¡luchemos para aniquilarlo antes de que nos aniquile! ¡Busquemos remedio para esas infancias pálidas, frías, de sangre empobrecida, de raquitismo doloroso; remedio para esos seres, condenados desde la cuna á sobrellevar el peso de todos los infortunios; fórmese el hombre como debe ser, conforme fué creado por la ley de la naturaleza, cuyo Rey poderoso es el Eterno, en quien no puede jamás caber el principio del mal, y al cual, ni remotamente, se debe acudir en tribulaciones por nosotros mismos acarreadas!... Bajo principios fijos é inmutables se rige

1 Sabido es que el aire viciado arrastra microscópicos cadáveres.

la corriente de la vida, jamás turbada por dolor alguno; que no es dolor la transformación llamada muerte!...

En cuanto á los dolores del alma, ¡ah! mejor dicho, en cuanto á los de la imaginación ¿dónde están sinó en nosotros mismos? ¿No es una rebeldía contra la naturaleza esas congojas del pensamiento, al cual jamás le deberían turbar otras emociones que el presentimiento de Dios, el deseo de poseer la inmortalidad, el ansioso afán de conocer los misterios de lo eterno, ó el sublime regocijo ante la contemplación de nuestro mundo? ¿De dónde se derivan esas tristezas en que se sumerge el alma cuando al choque de un dolor puramente moral se pierde la noción del tiempo y se olvidan los actos de la voluntad? ¿De dónde brota esa amargura infinita que parece como que desgarrá todos los resortes de nuestro ser, anonadándolo y confundándolo en un océano de sombra terrorífica? De las pasiones; ¡sola y únicamente de las pasiones! de aquellos desencantos atraídos por la fragilidad de la imaginación, de aquel apego egoísta, pretencioso, lleno de soberbia, hacia todos los bienes y venturas por nosotros mismos creados; de aquellos ofuscamientos de la razón, en los cuales se enseñorean los sentidos, que en vez de ser mediadores sumisos entre el mundo exterior y nuestra conciencia, se tornan en intransigentes soberanos de nuestra voluntad, de nuestro entendimiento; de esas caídas funestas desde el mundo de las idealidades perniciosas á la severa y reposada mansión del racionalismo, es de donde surge el dolor del espíritu, herido y maltratado impiamente por el desbordamiento de nuestras pasiones... ¡No; no hay dolor moral, como no hay dolor físico en el *medio relativo* de la existencia; la lucha por ella no es el dolor, es el engrandecimiento!

¿Podrá ser el dolor esa dulcísima pena, ese melancólico y perenne recuerdo hacia los que fueron? No; no lo es para el creyente, y sólo el creyente puede subsistir en el orden moral de la vida; el que no cree es el verdadero pária de la naturaleza... No hay dolor en la tierna memoria de los que reposan en la eternidad; ese inefable sentimiento del alma es acaso el que más se aproxima al regocijo inmortal ofrecido á los sanos de corazón.....

.....  
¡Pero el remedio! ¡el remedio á toda esa humanidad doliente que se revuelve en impetuosa orgía, procurando ahogar sus febriles emociones entre los mentirosos abrazos de mundanales placeres! ¡El remedio para esas generaciones que se ven en lontananza, extenuadas, rendidas al cansancio de una prematura y torpe juventud, arrastrando por los cenagosos caminos del vicio las más elevadas prerrogativas del espíritu!... ¡Suprimid el dolor que pesa, anonadándola, sobre la vida, sabios de la tierra! ¡Buscad con afán el remedio; el día en que la humanidad no sufra, estaremos más cerca de Dios! ¡Dejad el estudio de ciencias cabalísticas, olvidad los precedentes intereses de estados y de razas, y ved al hombre acongojado, sumido en un abismo de dolores y penas! ¡No dejarle á Dios el remedio de un daño que no hizo Él! ¡No hacer responsable á la naturaleza de aquello que rechaza enérgicamente, puesto que en su seno jamás existe el dolor sin ser redimido por la transformación!...

¡El día en que la sonrisa del hombre feliz se repita en su descendencia, estarán realizados los fines de la humanidad.

ROSARIO DE ACUÑA.

# ¡LOLA!

## I.

Lola es una pobre niña  
 Que tiene seis primaveras,  
 Es su carita redonda,  
 Ojos con pestañas negras,  
 Y pupilas de azabache  
 Que parecen dos estrellas.  
 Es su cutis sonrosado,  
 Frente espaciosa y morena;  
 Boca grande y abultada  
 Pero que con gracia juega.  
 Descansa sobre sus hombros  
 Expléndida cabellera,  
 De un color indefinido.....  
 Porque ni es rubia, ni es negra;  
 Sería de un castaño oscuro:  
 Pero está llena de tierra  
 Y es tan sólo una maraña  
 Aquella hermosa madeja,  
 Porque su madre no puede  
 Entretenerse con ella.  
 Trabaja para vivir,  
 Con luz del alba se acuesta,  
 Y apenas el sol pretende  
 Dar sus rayos á la tierra,  
 Vuelve la pobre mujer  
 A comenzar su tarea.  
 Por esto Lola no tiene  
 Quien piense con gusto en ella,  
 Que fué siempre la desgracia  
 Su constante compañera.  
 Perdió á su padre en la cuna,  
 Su madre llena de penas:  
 Ni el alimento primero  
 Pudo dar á su pequeña,  
 Mas, Lola quiso vivir.....  
 Y vivió entre la miseria.  
 Para ella no hubo zapatos,  
 Más no se arredró, serena  
 Anduvo con paso firme  
 Y con gentil ligereza.  
 Su traje con su calzado,  
 Claro está, corría parejas;  
 Pero el pan no la faltaba  
 Y estaba tan satisfecha.  
 Por fin le llegó su día  
 Como á todos en la tierra;  
 Que Dios no abandona á nadie  
 En su santa providencia.  
 La arreglaron un vestido  
 De una falda antigua y vieja,  
 Que para ella fué más bello  
 Que de encage de Bruselas.  
 Le adornaron un sombrero,  
 Le compraron botas nuevas,  
 Las que Lola acariciaba  
 Con singular complacencia.  
 Sus cabellos recogidos

En dos magníficas trenzas,  
 Dejaron ver el contorno  
 De su cuello y su cabeza;  
 Y vestida y arreglada  
 Cual va la gente en la tierra,  
 La llevó su pobre madre  
 Nada menos que á una fiesta!  
 Que los niños protestantes  
 Celebraron en su escuela,  
 El árbol tradicional  
 Que en Alemania respetan:  
 Ante los ojos de Lola  
 Lució su magnificencia.  
 De sus ramas pendían dulces,  
 Lucesitas y muñecas.  
 Y carritos, y caballos,  
 Y otras mil cosas diversas  
 Que Jesús le da á los niños  
 En la santa Noche Buena.  
 La niña miró asombrada:  
 A la infantil concurrencia,  
 Que al pie del árbol bullía  
 Engalanada y contenta,  
 Y su madre sonriendo  
 Con esa ternura inmensa  
 Conque las madres sonríen,  
 Tomaba parte en la fiesta,  
 Donde Lola disfrutaba  
 Del placer por vez primera.  
 Lola buscó entre las niñas  
 Quien fuese su compañera,  
 Más nadie la conocía,  
 Y nadie quiso ir con ella.  
 Pero no por esto Lola  
 Se amedrentó, que resuelta.  
 Al profesor del colegio  
 Se dirigió con presteza:  
 Le tiró de la levita.  
 El se volvió y dijo ella:  
 —Mira, me vengo contigo  
 Que no me quieren aquellas;  
 Y señalaba á las niñas  
 Un tanto enojada y seria.  
 Él la miró sonriendo  
 Con santa benevolencia,  
 Cogió su pequeña mano  
 Y siguió andando con ella,  
 Y Lola tranquilamente  
 Le miraba satisfecha  
 Como diciendo: has cumplido:  
 ¡Lo que puede la inocencia!

## II.

Entre los espectadores  
 De esta verídica escena,  
 Estaba un niño pequeño  
 De dorada cabellera,  
 Que cuatro otoños contaba,

Y que extraño á tanta gresca,  
 También contemplaba ansioso  
 Las infantiles parejas,  
 Sin que nadie se acordára  
 De que él existía en la tierra  
 Al ver él lo que hizo Lola  
 Tomó ejemplo, y con franqueza  
 Cogió á Lola del vestido  
 Y siguió andando con ella.  
 Esta, se volvió á mirarle,  
 Miradas de inteligencia  
 Entre los dos se cambiaron:  
 Y Lola muy satisfecha  
 Se convirtió en protectora  
 Del niño, que con tristeza  
 La decia:—quiero un caballo,  
 Un tambor y una trompeta.  
 El profesor entre tanto  
 A las niñas de la escuela,  
 Dió sus premios y regalos  
 Con paternal complacencia,  
 Y Lola firme á su lado  
 Siguió tranquila y serena,  
 Mirando á su compañero  
 De la rubia cabellera,  
 Con esa expresión que dice  
 Confía en mí, y nada temas.  
 Al fin se acabó el reparto,  
 Y sobrante una muñeca  
 Quedó, que dieron á Lola  
 Y á más una pandereta.  
 Y en un pequeño cestito  
 Frutas, dulces y galletas,  
 Diciéndola el profesor:  
 —Vamos, ya estarás contenta.  
 Por mí, sí, contestó Lola;  
 Pero á este niño quisiera  
 Que le dieras lo que á mí.  
 —Pues hija, tendrá paciencia,  
 La contestó el profesor,  
 De buena gana quisiera  
 Dar algo á ese pequeñito,  
 Pero ya ves, nada queda.  
 Y dándole un beso á Lola  
 El profesor de la escuela  
 Se fué, dejando á los niños  
 Sin volver de su sorpresa,  
 Porque ellos no se pensaban  
 Que los juguetes pudieran  
 Tener fin; pobres criaturas!  
 Era de ver su tristeza.  
 Lola miraba el pandero,  
 Contemplaba á la muñeca,  
 Y á la cestita lanzaba  
 Ojeadas de inteligencia  
 Más ¡ay! que su protegido  
 Fijos sus ojos en ella  
 La dice ¡Yo nada tengo!...  
 Y llora, llora, y se queja.  
 Trance fiero! porque Lola  
 Que en su mísera existencia  
 Nunca ha tenido juguetes,  
 ¡Cómo dejar su muñeca  
 Ni su pandero, imposible!

Lo eran todo para ella.  
 El niño cesó en su llanto,  
 Y se apartó con tristeza  
 De Lola; más ésta entonces  
 Dulce, cariñosa y buena,  
 Sin que nadie la impulsara,  
 Siguió al niño con presteza,  
 Diciéndole: - no te vayas,  
 Sin nada, que me da pena;  
 Escoge entre mis juguetes  
 Y llévate el que tú quieras.  
 El niño alegre y contento  
 Irguió su gentil cabeza,  
 Y cogió resueltamente  
 A la bonita muñeca:  
 La miró, pero sin duda  
 Prefirió la pandereta,  
 Pues la muñeca dejó  
 Con gran placer de su dueña.  
 Tomó el pandero y tocó  
 Con toda su infantil fuerza,  
 Y quedando satisfecho  
 Del ruido que produjera,  
 Se iba á marchar, pero Lola  
 Le dijo:—no, ven, espera,  
 Que mi mamá te dará  
 De lo que tiene la cesta.  
 Y asiéndole de la mano  
 Hasta su madre ligera  
 Llegó, la que contemplaba  
 Esta dulcísima escena  
 Sintiendo caer de sus ojos  
 Ese llanto que embelesa,  
 Lágrimas del corazón  
 Que nuestro ser regeneran  
 —Mira mamá, dijo Lola,  
 A este niño, de la fiesta  
 Nada le ha tocado, nada,  
 Y le dí mi pandereta;  
 Ahora dále tú de aquí  
 Lo que él quiera, lo que él quiera,  
 Y en las faldas de su madre  
 Echó la niña la cesta:  
 La madre miró á su hija  
 Con admiración intensa,  
 Que era digna de admirar  
 Tan angelical nobleza.  
 ¡Lola! ¡la pobre inocente  
 Que de manjares hambrienta,  
 No había acercado á sus labios  
 Más que el pan de la miseria,  
 Y que un continuo deseo  
 Había sido su existencia,  
 Siendo para ella negados  
 Los placeres de la tierra:  
 Al verso dueña de algo.....  
 ¿Qué era natural qué hiciera?  
 Que lo guardara afanosa;  
 Que sólo pensara en ella;  
 Que la avaricia en el pobre  
 Es lógica consecuencial  
 Más no fué así: generosa  
 Compasiva, noble y tierna,  
 Al ver que otro padecía

Quiso consolar su pena  
Diciéndole, toma, escoge  
Y llévate lo que quieras.  
Lola es muy pobre, muy pobre,  
Más tiene una gran riqueza.  
Tiene un corazón amante  
Y un alma sensible y buena.

III.

Los niños se separaron,  
Y quizá nunca en la tierra  
Se vuelvan á ver ¡quién sabe!  
Tal vez en otra existencia  
Se unan con estrechos lazos....  
Lola no le olvida, y sueña  
Algunas veces con él  
Murmurando con tristeza.  
—¡Qué bonito era aquel niño  
Con su blonda cabellera!  
¿Verdad mamá? ¡Era tan rubio!  
¡Yo me acuerdo! ¿Y tú te acuerdas?  
¡Cómo olvidarle su madre,  
Si desde la escena aquella  
Comprende y admira en Lola,  
Lo que antes no comprendiera;  
Y con delirio la quiere  
Porque la niña es tan buena!...

IV.

Benditos sean los seres  
Que en su infantil inocencia,  
Revelan que tiene el hombre  
Aparte de la materia,  
Un algo puro y sublime  
Que hasta los espacios llega:  
Algo intangible, ideal,  
De incomparable belleza,  
Que no lo contagia el vicio  
Ni lo vence la miseria.

¡Astro que eterno fulgura  
Porque su vida es eterna!  
El espíritu se llama  
Esa purísima esencia,  
Esa sustancia divina  
Que hay en la naturaleza;  
Donde no hay cuerpo sin alma,  
Ni alma que cuerpo no tenga:  
Más denso, ó más impalpable  
Siempre hay algo de materia.  
¡Oh! Sí, benditos los seres  
Que como Lola revelan,  
Un alma entusiasta y pura,  
Expresiva, dulce y tierna:  
¡Pobre niña! ¿A qué has venido?  
¿A padecer en la tierra!...  
Que nacistes entre lágrimas  
Y vas creciendo entre penas.  
Pero no me inspiras lástima  
Porque eres buena, ¡tan buena!  
Que todo te sonreirá  
Porque en tí la dicha llevas.  
¡Bendita sea tu alma!  
¡Sí Lola! ¡bendita seas!  
Las almas como la tuya  
Son fulgurantes estrellas,  
Que en la noche de la vida  
De luz los espacios llenan;  
Espíritus como el tuyo,  
En donde están centellean;  
Para ellos no existen sombras,  
Pues disipan las tinieblas.  
Los vívidos resplandores  
De su irradiación inmensa.  
¡Con la luz que los envuelve  
Se forma el sol de la tierra!  
¡Benditas las almas puras!!  
¡Benditas por siempre, sean!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Gracia.

**¡LA HIPOCRESÍA!**

«Guardaos de la leva  
aura de los farisios,  
que es la hipocresía»  
*San Mateo*

No sabeis las funestas consecuencias que ocasionan á la sociedad esos seres que arrastrados por la sorda envidia dan abrigo en sus pobres corazones á la hipocresía. Es el peor vicio que pueda tener una criatura, pues con él se despiertan celosos y ambiciosos instintos, arrastrándoles hasta el precipicio como le sucedió á Judas.

(1) «¿De que sirve engañar á la humanidad, con apariencias de virtud, si aquel que sondea los corazones no ve en ellos más que hipocresía? Judas era orgulloso, envidioso y espléndido, y por lo tanto su humilde y pobre posición le molestaban; la aureola que rodeaba á Jesus la cegaba sin poder perdonarle que así llamara la atención general. El orgullo, la envidia y el amor al lujo, se excitaron como consecuencia la ambición, hipocresía y el robo. ¡Oh pobre humanidad! ¡cuántos seguís aún

(1) De los Cuatro Evangelios.

las huellas de Judas! ¡Cuántos soportáis con trabajo los reflejos de gloria, de nombradía y de estimación que radían sobre algunos de vosotros! ¡Cuántos torturais vuestro espíritu buscando una ocasión propicia para "vender," al que os sugiere esos secretos sentimientos de envidia, cuyas causas y consecuencias ni á vosotros mismos las confesais! ¡Cuántos hay entre vosotros, que procuran rebajar en la opinión pública á los hermanos que aquella parece que eleva estudiando con artificio el momento de saber el más pequeño defecto para que el vulgo le señale con el dedo, buscando traidoramente el lado flaco y las faltas de aquellos que quereis perder, presentándolos desnudos delante de la sociedad! ¡Ay! emplead más bien los recursos de vuestra inteligencia tan perspicáz, procurando encontrar los medios de ocultar á la vista de todos las faltas, verdaderas ó aparentes, de vuestros hermanos ¡Oh, hombres, no hagais como Judas, pues no sabeis cuán terrible es la expiación de aquel que vende al justo, que hace traición á el hermano. El que procura rebajar ante la opinión pública á un ser amigo presentando á los ojos de todos sus debilidades, ese no es justo, ese no es cristiano.,

A esos seres hipócritas hay que temerles como á uua espada de fuego, pues cuando mueven los labios hieren de muerte. Así, es, que del ser hipócrita y adulator debemos esperar todos los crímenes é infamias, que nada le detiene en su paso cuando quiere herir á su víctima. Pero como la justicia de Dios es tan grande, llega el día que se descubre la verdad y entonces el mundo arranca la máscara de la hipocresía con que el hombre pretende ocultar sus miserables acciones.

CARMEN BURGOS.

Andujar 20 Agosto de 1887.

## P E N S A M I E N T O S

El inquisidor es el reptil que se arrastra para vergüenza del progreso.

La vida no es lo que alimenta el cuerpo, sinó lo que alegra el alma.

No porque la tierra se destruya, se destruyen las inteligencias.

Si la inacción fuese eterna, la muerte sería una realidad.

El Espiritismo, es el conocimiento legal de las verdades naturales.

La hipocresía, es el ídolo de las religiones.

Una conciencia oscura, es un mundo errante en los espacios.

El mal, construye barreras para el porvenir.

Cada mundo es un tren de los espacios.

La bondad, es el primer peldaño de la oración.

El amor es el encargado de resolver todos los problemas.

En amar y ser amado, está todo.

Mundo tierra, y contrariedad son sinónimos.

¿Qué es el mundo? Un mar para los hombres. ¿Qué es el mar? Un mundo para los peces.

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.—Gracia.